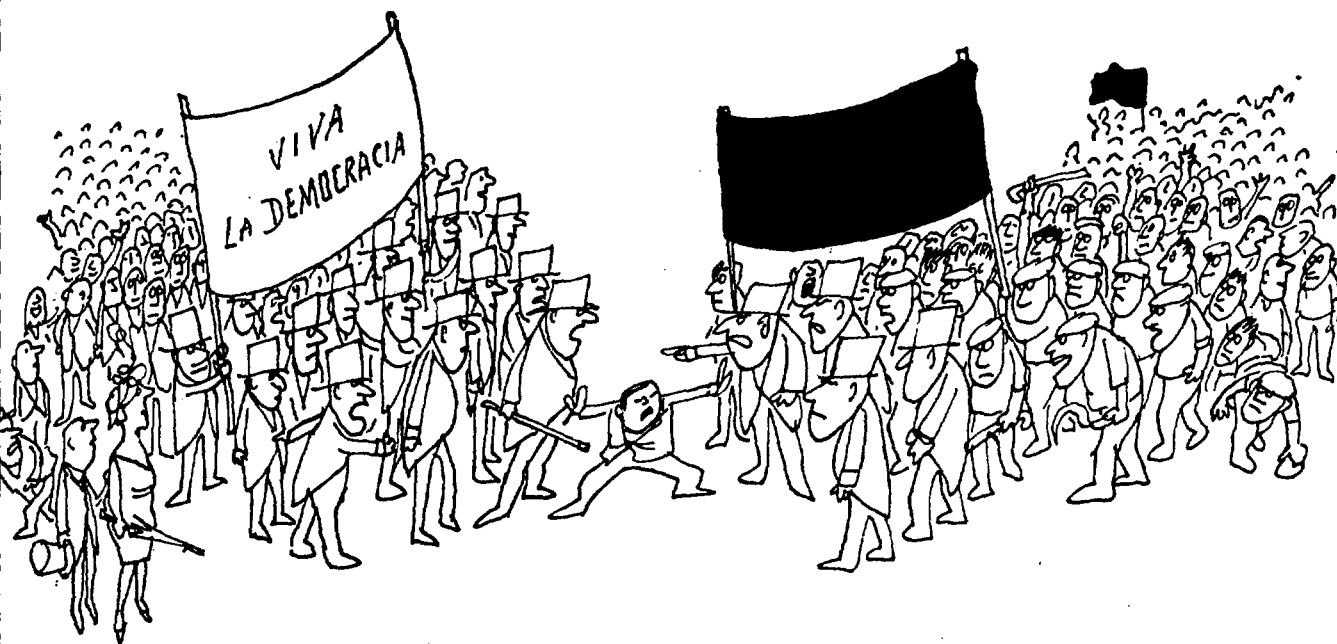


ESTUDIOS POLITICO - SOCIALES

— LA UNIFICACION EURO-
PEA.



Europa atraviesa hoy día, una vez más, una crisis de crecimiento. Esto no nos debe sorprender, pues ha sido precisamente entre periodos de crisis - cuando se ha formado nuestra unión. Sin embargo, la crisis actual es verdaderamente grave y corre el riesgo de ser mortal, ya que proviene de ciertos desacuerdos fundamentales que deben analizarse claramente si en verdad se quiere superarlos. Estos desacuerdos son de dos naturalezas: políticos y económicos.

El principal desacuerdo es de orden político, más concretamente, de política exterior. Desde que iniciamos la campaña por una Europa unida, una de las condiciones esenciales era la de hacer de nuestro continente una nación autónoma, capaz de hacer oír su voz en los asuntos mundiales y hasta es posible que de señalar a éste un nuevo camino, independiente de los indicados por los dos "grandes". Cuando, después, ante la amenaza rusa, nos propusimos la creación de una Comunidad Europea de Defensa, se trataba de una integración de las fuerzas militares europas asociadas, más que integradas, con las de los Estados Unidos, se propuso esta asociación porque teníamos conciencia, en un mundo amenazado, de representar y defender ciertos valores morales esenciales ligados a una concepción humanista de la civilización occidental, valores comunes a las culturas europea y americana. Pero después han sobrevenido nuevos hechos:

1º Como consecuencia de la ruptura chino-soviética y el progreso del policentrismo en los países comunistas, parece que la amenaza rusa sobre Europa se ha detenido; el muro de Berlín es a la vez el de la vergüenza y el de la victoria. Simboliza el hecho de que la U.R.S.S. ha renunciado a continuar su avance sobre Europa y que, por otra parte, busca una consolidación jurídica del statu quo, consolidación que, desde luego, no estamos dispuestos a conceder. Al mismo tiempo, los países del Este europeo quieren aprovechar la ocasión del conflicto ruso-chino para buscar acercamiento a Rusia. No debe descartarse la posibilidad de que la multiplicación de relaciones comerciales y culturales con estos países los conduzca a su asociación con la Comunidad Europea, según el modelo de los tratados ya formalizados con Grecia y Turquía. Puede ser que si Alemania aceptase la línea Oder-Neisse, fuese factible negociar con la U.R.S.S. la unificación de una Alemania integrada en una Europa Occidental desligada de la NATO y asociada a los diversos países de la Europa Occidental, desligados estos a su vez del Pacto de Varsovia, pero conservando no obstante sus relaciones de alianza los unos con los Estados Unidos, los otros con la U.R.S.S. Este camino largo y difícil es en todo caso más realista que la utopía en que aún viven nuestros amigos alemanes de una unificación impuesta a la U.R.S.S. por la amenaza de la fuerza americana.

2º Existe un segundo hecho. Hemos indicado anteriormente que nuestra asociación en el seno de la Alianza Atlántica con nuestros amigos americanos se

basaba en el reconocimiento de ciertos valores de civilizaciones comunes. Sin embargo los hombres son pecadores y unos y otros, sucesivamente, hemos dejado de ser fieles a estos valores. Entre nosotros hay quien piensa que ciertos acontecimientos durante el desarrollo de la guerra en Argelia, como por ejemplo el bombardeo de Sakhiet, el secuestro de Ben Bella, el desembarco de Suez, no se ajustaban a esos valores fundamentales de la civilización; en todo caso los americanos, en esas ocasiones, han desempeñado su papel de amigos, haciéndonos las amonestaciones necesarias. Así, el senador Kennedy, cuando aún no era Presidente, tomó decidida posición por la independencia de Argelia y cuando se produjo el incidente de Sakhiet, nuestra actuación fue juzgada severamente por un senador americano que hoy día ocupa el puesto de Vice-Presidente de los Estados Unidos. Es cosa de preguntarse si no nos compete cumplir un similar deber de amistad con los Estados Unidos, amonestándoles ya que pensamos que su actuación no se ajusta a los valores de nuestra común civilización. Me refiero a ciertas circunstancias de la guerra en Vietnam, al bombardeo sistemático de Vietnam del Norte, al desembarco en Santo Domingo; y -lo que puede ser más grave- a la política de apoyo, en toda América del Sur, a las grandes compañías norteamericanas estrechamente asociadas al feudalismo territorial, cuya sola existencia impide toda posibilidad de progreso económico en esos países y prepara la revolución violenta, y, sin duda próxima, en aquel continente.

3º Teniendo en cuenta estos desacuerdos, hemos de reconocer que la Alianza Atlántica sufre actualmente un desequilibrio estructural.

Los americanos nos hicieron reembarcar en Suez, pero no podemos hacerles reembarcar en Santo Domingo. Nos echaron en cara el bombardeo de Sakhiet y no se hizo ningún otro. Y aunque les critiquemos los bombardeos de Vietnam del Norte, ello no influye en su continuación.

Es preciso enfrentarse con la realidad. Si se quiere que la Alianza Atlántica sea una asociación en condiciones de igualdad como lo proclamó el Presidente Kennedy en su discurso de Filadelfia, debe ajustarse a una paridad efectiva, menos que con respecto a la organización militar, por lo que se refiere a las decisiones políticas; es preciso establecer una consulta previa, antes de tomar cualquier iniciativa de política exterior entre países americanos y europeos y un derecho de veto de cada uno contra una decisión del otro susceptible de conducir a una guerra mundial, y que uno de los asociados juzgue contraria a sus valores morales fundamentales.

4º La dificultad está en que los Estados miembros de la Comunidad Europea están actualmente en desacuerdo con respecto a todos los puntos enumerados anteriormente y ello porque la mayor parte de los países europeos no se atreven a declararse en contra de la política americana, debido a que:

- Inglaterra necesita a los Estados Unidos por su política en Malasia y para el sostenimiento de la libra esterlina;

- Italia está saliendo de una penosa crisis merced a los importantes créditos obtenidos de los Estados Unidos;
- Alemania cree, más que nosotros, en la persistencia de una amenaza rusa y a la recíproca, en la posibilidad de utilizar la fuerza americana como presión para imponer a la U.R.S.S. su deseo de unificación política.

El resultado es que, a diferencia de Francia, los otros países europeos se comportan como colaboradores e incluso como fieles servidores del protector americano, lo que no concuerda con el espíritu que nos animaba en nuestro deseo de crear una Europa libre e independiente.

Resulta así imposible, en las condiciones actuales, la unificación política en que habíamos soñado, puesto que no existe, al menos todavía, la voluntad de ser.

Realmente, para pasar -y esto es indispensable- de la Europa de los estados a la Europa de los pueblos, hace falta liquidar, por de pronto, la Europa de los resignados.

Estando dificultada hoy día la evolución hacia la unión política por la renuncia de gran número de países de Europa a querer ser y reconocerse europeos, es aún más necesario y urgente concentrar nuestros esfuerzos sobre la unificación económica. En ese aspecto nos encontramos ante tres dificultades:

- una dificultad intrínseca, consecuencia de nuestra propia evolución,
- y dos dificultades exteriores, que provienen de problemas que nos han sido planteados por países extranjeros.

1.- Primer problema: las dificultades de nuestra evolución interior. Aunque al terminar la guerra nos reunimos en el seno del Movimiento europeo lanzando la idea de la unificación de Europa, hay entre nosotros notables diferencias de opinión. Todos deseábamos un gran mercado europeo, que nos parecía condición indispensable para nuestra recuperación económica; pero mientras que para unos se trataba de dejar hacer siguiendo la ley de la oferta y la demanda, asegurando la libertad del mercado, el progreso técnico y la eliminación de las empresas marginales, para otros -entre los que me cuento- se trataba ante todo de alcanzar una coordinación de las diferentes políticas, llegando a un sistema de planificación flexible. Después de haber expuesto nuestros diferentes puntos de vista en confrontaciones vehementes, llegamos a un compromiso democrático que se introdujo en el artículo 2º del Tratado de Roma y que especifica que los estados signatarios tienen el propósito de conseguir entre ellos un ritmo de crecimiento armónico por dos medios:

- la creación de una unión aduanera
- y la coordinación de las políticas.

Nada hay más falso ni más peligroso - a mi juicio - que referirse con tinuamente a los "Seis", con el nombre de Mercado Común ya que no era un mercado lo que intentábamos constituir sino una comunidad; esta comunidad debe lograrse por los dos medios técnicos citados cuya realización debe desarrollarse equi libradamente: la unión aduanera y la coordinación de las políticas.

Pero resulta que en el compromiso político entre los liberales y los planificadores y entre la derecha y la izquierda, no se ha mantenido el equilibrio; durante los últimos años, nuestra pierna derecha ha dado saltos hacia adelante, - mientras que la pierna izquierda se arrastraba lamentablemente detrás. Y esto, sin mala voluntad por ninguna parte. Deberíamos haberlo previsto. Una vez que se ha llegado a un acuerdo sobre la unión aduanera, que se han fijado las etapas y los - porcentajes de reducción en cada una de ellas, no es difícil alcanzar este equili - brio. En realidad, tomamos la delantera; a partir de primero de enero hemos decidido una nueva reducción de derechos de aduana en un 10 %, lo que supone ya - una reducción comunitaria de cerca del 80 %. El día 1º del próximo año se podrá proclamar sin dificultades serias la realización integral de la unión aduanera entre la Comunidad de los Seis.

Por el contrario estamos retrasados en la coordinación de las políticas, asunto muy difícil porque afecta directamente a las estructuras, intereses vitales de una parte de la población. Se han efectuado progresos considerables en los estudios de las consideraciones a tener en cuenta (y esto es esencial), pero todavía no se - ha llegado a decisiones políticas. Ciertamente es que, en los transportes, se ha llegado a un acuerdo sobre las reglamentaciones comunes de las tarifas ferroviarias, pero - sólo se ha tocado en plan europeo el problema ya delicado en el cuadro nacional, de la coordinación ferrocarril-carretera, y se ha establecido el principio de ciertos grupos de tarifas sin ahondar mucho. Se ha tomado una decisión importante en materia de política fiscal para los impuestos indirectos, adoptando el principio del Impuesto sobre el valor adicional en el conjunto de los seis países.

Cuando creamos la C.E.C.A. se creyó asegurar una coordinación de la política de energía en Europa; desgraciadamente, después, el carbón ha perdido importancia y ha habido que reducir su explotación ante la competencia del petróleo, de los gases naturales e incluso de la energía nuclear. Se vacila en poner en obra una política económica de la energía puesto que las premisas pueden variar a corto plazo, por lo que sólo se ha hecho una declaración de principio bastante vaga.

En el dominio de la política agrícola es donde se había progresado - más; parecía que se había logrado lo esencial hasta que, el 30 de junio de 1965, - todo se había venido abajo sobre la financiación. Sin insistir sobre temas secundario

interesa analizar el problema real. Sobre el plan europeo, había que decidir respecto a dos alternativas: una, entre una política de precios y una política de transformación de las estructuras; la otra, entre la producción cerealista y la ganadería.

En realidad no se ha discutido debidamente ninguna de ellas sino que se ha decidido dar la mayor importancia a la política de precios, dedicando menos de la cuarta parte de los recursos disponibles a la transformación de las estructuras. Después, sin descartar una política conjunta, se han negociado compromisos entre los intereses nacionales, producto por producto.

Se ha comenzado por el trigo, sobre el que se oponían los intereses franceses y alemanes; nuestro país produce en cantidad superabundante el trigo más barato de Europa, aunque su precio sea superior al del mercado mundial, desvalorizado por el excedente americano. Alemania lo produce más caro; pero subvenciona a sus labradores y lo compensa con el adquirido fuera de Europa y pagado por las exportaciones industriales. Para ello se ha puesto en práctica un sistema ingenioso propuesto por la comisión. Los países que importan trigo del exterior de Europa imponen sobre sus importaciones un alza previa, cuyo importe sirve para subvencionar las exportaciones fuera de Europa, de los cereales que los productores (esencialmente franceses) no han podido colocar en nuestro continente porque nuestros asociados se han dirigido al exterior.

Pero al mismo tiempo, se ha fijado el precio europeo a un nivel intermedio entre el francés y el alemán. Como no se ha fijado, al propio tiempo el precio de la carne y de la leche, la ganadería se ha vuelto menos rentable, acentuándose la superproducción cereal. Colocados ante la probabilidad de tener que financiar las crecientes exportaciones francesas, nuestros asociados han buscado toda clase de pretextos para evitar compromisos económicos a largo plazo, lo que motivó la crisis del 30 de junio.

Realmente, como no se puede variar el precio del trigo ni elevar a un nivel proporcional el de la carne sin provocar un alza general de precios y una tendencia inflacionista, no queda otra solución que el aumento de los recursos dedicados a la transformación de las estructuras, concentrándoles por el momento sobre el financiamiento de la revolución técnica que comienza en los métodos ganaderos.

Esta es la clase de dificultades con que nos encontramos. En general, se producen porque al realizar simples compromisos entre los intereses nacionales, no analizamos seriamente los problemas al nivel europeo y nos excitamos enseguida por incidentes secundarios.

Pero aún nos quedan otros dos problemas que nos han sido impuestos desde el exterior; uno, por los países en vías de desarrollo; el otro, por nuestros amigos americanos.

2.- Los países en vías de desarrollo, son 77 y representan 1.250 millones de hombres -sin contar China- es decir, casi la mitad de la humanidad, que, en la Conferencia sobre el comercio y el desarrollo económico, reunida en Ginebra - hace dos años, se presentaron para pedir angustiosamente ayuda. También han perdido ciertos beneficios; pero lo que pedían era confuso porque no se encontraban capacitados para analizar verdaderamente los problemas. Era el grito de dolor de un niño que dice "me encuentro mal" y se dirige al hermano mayor para que encuentre un medio de aliviarlo. El conjunto de estos países emplean los términos de : libre empresa, socialismo, comunismo, etc., que han tomado de nuestra literatura. En realidad se encuentran según los casos, entre los siglos XII al XVI, y cuando mas en la época inicial del mercantilismo, la de Luis XIV, Federico de Prusia, José II de Austria, Pedro el Grande de Rusia; en la época de un déspota benévolo en busca de un Colbert. El problema está en saber cómo se puede ayudar a estos pueblos a dar sus primeros pasos, a condición de que pongan por su parte un esfuerzo sincero y eficaz. Estos países que quieren entrar en la economía moderna tienen necesidad de un material que no pueden pagar sino por contrapartida de exportaciones o por los créditos y donaciones que se acuerden en su favor. La primera dificultad es que lo que exportan no interesa y que los productos tropicales, en particular los alimenticios, sufren una considerable inestabilidad de precios. Estos países, en general, exportan el único producto que cultivan en cantidad, lo que crea serias dificultades. El Evangelio nos dice que nuestra mano derecha debe ignorar lo que hace la izquierda, y hay que reconocer que en el curso de estos cinco años últimos hemos hecho lo contrario; es nuestra mano izquierda la que ha ignorado lo que hacía la derecha; mientras que aquella, cristiana o socialista, prestaba al país en vías de desarrollo una ayuda técnica o financiera, nuestra mano derecha liberal, por el juego del mercado mundial, les tomaba una ventaja superior a lo que les daba la izquierda. Esta es una realidad que hemos debido analizar en la conferencia de Ginebra. Desde el primer momento se enfrentaron dos concepciones :

- una concepción expuesta esencialmente por las delegaciones francesa, belga y la Comunidad Económica Europea
- otra concepción, expuesta por los americanos, el gobierno conservador inglés, los holandeses y los alemanes.

La segunda concepción es la concepción liberal. Viene a decir: no hay más que suprimir los derechos de aduana, permitir un mayor acceso al mercado y ayudar a esos países a vender mucho más. Lo malo es que, durante estos cinco últimos años, han aumentado sus ventas en un 20 % pero sus ingresos han bajado en un 30 % porque los precios han bajado mucho más que lo que aumentó la cantidad de lo que vendían. Así pues, el problema no es de cantidades, sino de precios; porque, además, no se trata de producir mucho más para la exportación sino, por el contrario, de aumentar la producción de artículos alimenticios para nutrir a sus poblaciones; en lugar de derrochar las divisas, tan difíciles de lograr, en la importación de productos para la alimentación, se trata de diversificar los cultivos de ex-

portación con objeto de disponer de cuatro o cinco en lugar de uno o dos, para establecer un mínimo de compensación y de fomentar también la transformación industrial de la agricultura por medio de las industrias de la alimentación para conservar los productos y revalorizar el trabajo, al mejorar los conocimientos técnicos. Esto es por lo que, frente a la idea del mercado libre, hemos opuesto la idea de la organización de los mercados y de los acuerdos de estabilización de precios. Hay que reconocer que el llamado mercado libre mundial no existe. No existe en el mercado de plátanos, dominado por la United Fruit, ni en el de grasas dominado por Unilever. Igual ocurre con aquellos procesos en que hay una multiplicidad de intermediarios; debemos tener en cuenta que, cuando bebemos una taza de café o de chocolate, el agricultor africano recibe solamente un 10 % del precio que pagamos; cuando el producto llega a Abidjan o a Acra para ser embarcado, los países productores han recibido un 23 % más (en total un 33 %); cuando llega a Marsella, representa otro aumento de un 12 %; así pues más del 55% del precio que pagamos se invierte en Francia, en tasas de consumo, transportes y beneficios de las casas de importación y de exportación francesas en combinación con las compañías de navegación. Pero llegando a un acuerdo de estabilización, aun pagando al agricultor africano un 30% podría conseguirse que esto supusiese para el consumidor solamente un aumento del 3 % sobre el precio, lo que es soportable.

Igualmente desde el punto de vista industrial, no se comprende que un país subdesarrollado, con una industria naciente que no tiene mercado interior y por tanto no es todavía competitiva, pueda ganar exportando a Europa en competencia con las exportaciones americanas o en América, en competencia con las exportaciones europeas. Su ventaja es que entre América y Europa existen derechos de Aduana muy elevados (15 al 20 %), por lo que la supresión de estos derechos para los africanos pero no para los europeos en América y para aquellos, pero no para los americanos en Europa, les proporciona una ventaja en el mercado de ese 15 a 20 %, que puede compensar su handicap industrial. Esta es la razón por la que, contra la cláusula de nación más favorecida, hemos sostenido el principio de preferencia en forma de contingentes de tarifas, variables según las regiones y los sectores, destinados por otra parte a disminuir, a medida que un conjunto de empresas de un sector o región se hacen más competitivos.

Sobre la ayuda financiera hay también un claro desacuerdo. Los americanos, los conservadores británicos -pues esto ha cambiado desde que los laboristas están en el poder- los alemanes y los holandeses, piensan que se puede resolver el problema de la ayuda recurriendo al capital privado, permitiendo a éste obtener beneficios al mismo tiempo que se ayuda al país a crear sus estructuras. Pero el capital privado no se desplaza fácilmente de Europa y si acude es para operaciones especulativas sin interés para el crecimiento de la nación en desarrollo o para crear un enclave que no tiene efecto sobre la economía del país. Además, caso de que se presente, este capital representa una serie de cargas de intereses y amortizaciones tales que la mayor parte de los países en cuestión no pueden soportarlos. Así pues, es necesario buscar otra solución. Los americanos combinan la idea del capi

tal privado al de las donaciones del estado pero éstas solo se conceden a los amigos, a los que se portan bien y que reciben la ayuda americana como recompensa por su "good behaviour" ("buena conducta"). Nosotros hemos hecho predominar en la conferencia una tesis opuesta. La delegación francesa ha hecho adoptar una resolución unánime -salvo los rusos- por la cual, todos los países se han comprometido moralmente a dedicar a la ayuda a los países en vías de desarrollo el 1 % de su renta nacional. Este es el comienzo de un pequeño impuesto mundial sobre la renta en favor de los menos afortunados; pero desde el momento en que se considera no como un regalo sino como una transferencia obligatoria, quiere decirse que esta ayuda será concedida fuera de toda consideración política, teniendo en cuenta únicamente el esfuerzo que el país haga por su parte. Es necesario que no malgaste nada, y, en la medida que lo consientan los sacrificios necesarios, no debe tenerse en cuenta la forma política o de estructura económica que reviste este esfuerzo. Aquí se presentan, evidentemente, concepciones muy diferentes entre América y Francia. Es obvia la postura que ha tomado América contra Fidel Castro, a causa de su experiencia de transformación económica, lo que le ha obligado a hacerla financiar por Rusia, aunque habría aceptado de buena gana la ayuda de los Estados Unidos si éstos hubieran estado dispuestos a prestársela. Los noretamericanos han boicoteado a Cuba, han denunciado a Castro con vehemencia porque había nacionalizado algunas compañías de azúcar y sociedades petrolíferas americanas. En Argelia, Ben Bella causó la muerte de bastantes más franceses que Castro de americanos; ocupó las tierras de un millón de franceses mientras que Castro no lo hizo más que con una decena de grandes sociedades. Sin embargo, Francia ha concedido a Argelia una ayuda que financia en parte la administración de las tierras que nos arrebató. Desde un aspecto muy materialista, el resultado del método americano es que Castro continúa en su puesto con una autoridad reforzada; mientras que Ben Bella ya no cuenta con el poder.

Nuestro método parece ser más eficaz precisamente por ser más desinteresado y porque, habiendo establecido un principio, lo respeta en cualquier circunstancia.

Pero existe otro problema que ahora empieza a abordarse: todas las tesis de los americanos, conservadores y liberales, se reducen a afirmar que es preciso ampliar los intercambios en un mercado dominado por las grandes sociedades privadas internacionales. Cuando se vé que en esas grandes empresas, como las petrolíferas, se integran todos los niveles de producción, cabe preguntarse: Puesto que el capital privado lo consigue ¿por qué no lo ha de hacer el público?. ¿No podría establecerse a nivel internacional el sistema que los americanos han aplicado en la T.V. A. (Tennessee Valley Authority) para el desarrollo de la electricidad y que nosotros hemos generalizado con la compañía del bajo Ródano-Languedoc?. ¿No podrían crearse así compañías industriales integradas de economía pública o de economía mixta, para tomar a su cargo el desarrollo de cierto número de sectores internacionales?. Este camino parece abierto por el reciente acuerdo petrolero franco-argelino, donde cabe discutir la modalidad pero que constituye

el logro de una innovación interesante. No se trata de intercambios libres dominados en realidad por algunas grandes sociedades privadas internacionales sino de una asociación cooperativa entre consumidores y productores, para manejar al cincuenta por ciento la organización de las diferentes fases de la producción, del transporte y de la transformación en un cierto número de productos básicos; un nuevo concepto hemos lanzado y que puede estar ya en trance de madurez, es el de la subordinación de la economía comercial a un derecho internacional del desarrollo.

3. Finalmente, se nos han presentado otros problemas, no por los países - subdesarrollados sino por nuestros amigos americanos. Cuando el malogrado Presidente Kennedy comprobó la existencia de un déficit en el balance de cuentas americano, puesto que el balance comercial era crediticio, pensó resolver el problema exportando en mayor aptitud, especialmente hacia la región del mundo más rica y de expansión más rápida después de los Estados Unidos: la Comunidad Europea. De ahí el "Kennedy round" que incluía desde un principio los elementos siguientes:

Una negociación para la reducción del 50 % de todos los derechos - de aduana e incluso, si la Gran Bretaña se había adherido a la Comunidad Europea, la supresión total de los derechos de aduana en todas partes, por lo que entre los Estados Unidos por un lado y la Comunidad Europea (incluida Gran Bretaña) por el otro, representaban más del 80 % del comercio mundial; es decir, la supresión de toda protección aduanera en las principales industrias contemporáneas. Quedando descartada provisionalmente la adhesión de Inglaterra, actualmente se negocia una reducción del 50 % de la tarifa exterior común europea.

De donde, si Europa estuviese integrada económicamente, si hubiera coordinado su política, se podría prever reducciones importantes de los derechos de aduana; el inconveniente está en que, como vamos retrasados en la coordinación de las políticas, Europa se ha constituido en forma de unión aduanera alrededor de la tarifa común europea; el reducirla sucesivamente puede dañar la unificación europea alcanzada.

Hay que tener en cuenta que ello provocaría un problema jurídico, ya que el texto del Tratado declara que la media de los derechos de la tarifa exterior común debe ser igual a la media de los derechos medios existentes previamente en los seis países. Esta tarifa es complicada; pero todavía no se ha aplicado ni existe jurídicamente. Ahora bien, en ninguna legislación nacional se permite a los padres legalizar un hijo que ha sido concebido pero que aún no ha nacido. Por lo mismo es legalmente impropio el negociar la reducción de una tarifa realmente inexistente.

Al comenzar las negociaciones han aparecido inmediatamente dos problemas:

En primer lugar, si queremos competir con las empresas americanas, hay que reconocer que en el mundo moderno lo que cuenta son los medios empleados

en la investigación científica; de esto depende el porvenir de la nación y la supervivencia de las empresas económicas. Ahora bien, los americanos dedican a la investigación científica una inversión diecisiete veces superior a la de los seis países europeos en conjunto. Mientras que la ayuda del Estado en estos países europeos a los gastos de investigación científica de las empresas suponen un 25, un 30 ó a lo sumo un 35 %, en los Estados Unidos, país de la libre empresa, el Estado financia el 65 % de dicha investigación. Naturalmente, esas empresas libres se acomodan a los planes establecidos por el gobierno. La NASA dirige el conjunto de las operaciones espaciales, pasa las órdenes a los "pools" (mancomunaciones) de las empresas privadas, fija los precios, los beneficios, concreta la investigación a realizar y el tipo de producción que debe experimentarse. En todas las grandes industrias básicas de los Estados Unidos está en marcha una colectivización para la socialización de la demanda; las empresas trabajan preferentemente para los contratos del Estado recibiendo del mismo una ayuda masiva para la investigación.

Si los europeos no somos capaces de hacer otro tanto, no podremos subsistir. Si, en los dos años próximos no logramos crear en Bruselas, partiendo quizás del pequeño núcleo del Euratom, un instituto común de coordinación de nuestras investigaciones científicas, para evitar el derroche y dualidades de empleo -- que tienen lugar actualmente, si en todos nuestros países no triplicamos rápidamente los créditos dedicados a la investigación, perderemos toda posibilidad de independencia económica y política.

Existe otro problema, y es el de la talla de las empresas. La primera empresa europea, que por cierto es alemana, es la 17ª desde el punto de vista de cifras comerciales en los Estados Unidos; la primera francesa ocupa el 37º lugar. El movimiento económico de la General Motors es superior al producto nacional bruto de los Países Bajos. En consecuencia, económicamente, las empresas General Motors, General Electric, y Dupont de Nemours, etc, son el equivalente de Bélgica, Holanda, Baviera, Wurtemberg o de las grandes regiones de un gran Estado. ¿Cómo podríamos competir con estas potencias?. Sólo hay una solución: la de conseguir un inmenso y rápido esfuerzo de concentración industrial y financiera, en caso necesario, por la creación de sociedades de un derecho europeo, escapando a las limitaciones legales de las diferentes legislaciones nacionales. Pero haría falta poder controlar el poder financiero que así se crearía. Se puede conseguir por aplicación del artículo 85 del Tratado de Roma, que somete las concentraciones al acuerdo previo de la comisión y sobre todo, del artículo 86 que prevé la posibilidad de disolución de empresas en caso de abuso. Se podrían introducir aquí los conceptos del consejo de Estado francés sobre el abuso y la malversación del poder económico. Pero éste no se puede calcular más que con arreglo a un modelo, es decir a un plan europeo. Precisamente en enero, se acaba de presentar en Bruselas un primer informe sobre una programación europea a plazo medio que trata precisamente de definir ese modelo, indicando en qué dirección podría expresarse una política concertada, no solamente de la coyuntura a corto plazo sino de la orientación general de las oportunidades de la vida económica europea.

Pero además, tenemos aún otro problema del exterior, en relación con las negociaciones relativas al "Kennedy round", que es el de las inversiones americanas. Hay que congratularse de las inversiones extranjeras puesto que todo capital que se invierta en nuestra casa nos enriquece. Pero hay que congratularse solamente a condición de que ese capital se aplique donde nosotros queramos, como queramos y en el sentido que queramos. No podemos invertir dinero para convencer a las empresas industriales a abandonar París para instalarse en la Bretaña si, al mismo tiempo una empresa americana viene a instalarse a París. Sentimos cada vez más la necesidad de una coordinación de la política automovil de los países europeos; hacen falta más inversiones, no más extensión de la producción, más incremento de productividad y reducción de los costes de fabricación, con especialización de empresas y disminuciones de modelos. Si no, vamos a una crisis de superproducción de la industria automóvil europea que supondría una crisis económica de conjunto acentuada y peligrosa. Ya es hora de preocuparse de ello, pero si desembocamos a una política definida de inversiones en la industria del automóvil, es preciso que la Ford y la General Motors se acomoden a las decisiones que tomemos en el cuadro europeo, una vez tomen parte en ellas y que estos dos gigantes no vengán a ajustar sus cuentas sobre el escenario europeo, continuando una batalla declarada en plan americano.

En fin, es necesario enfrentarse con la realidad más grave: nos hemos enrolado en la tercera revolución industrial, la de la automatización y la dirección industrial por calculadores electrónicos. El ejemplo nos lo da el programa espacial americano con las maravillas de sus realizaciones. America disfruta de un avance considerable sobre el resto del mundo: en los Estados Unidos comprobamos que dominan la cuestión sólo las empresas muy grandes; y esto no quiere decir que las pequeñas y medianas desaparezcan sino que tienen que especializarse convirtiéndose en contratantes secundarios y reciben prácticamente de la "casa madre" que es la única que posee los servicios de investigación y estudio del plan, la ficha a colocar en la máquina electrónica que hace funcionar la fábrica.

Así, si debemos en principio, acoger favorablemente las inversiones americanas, debemos velar también porque no dominen las industrias clave. Sobre todo, debemos poder oponernos a sus decisiones de cierre de nuestros gabinetes de estudio y servicios de investigación.

Actualmente nos enfrentamos a un gran dilema: hace falta crear el poder económico europeo, un poder capaz de controlar las empresas privadas, definir los objetivos, elaborar un plan para asegurar la independencia económica de nuestro continente y llegar a ser interlocutores de valía para nuestros amigos americanos; entonces las inversiones americanas en Europa y las europeas en los Estados Unidos podrán equilibrarse. Por el contrario, si nos dejamos llevar del simple liberalismo económico del "dejad hacer, dejad pasar", nos convertiremos en los sub-contratistas de las grandes empresas americanas, quedando reducidos al estado de colonias como sucede con el Canadá.

Los canadienses pueden batirse entre las facciones de Quebec y de Ontario, entre francófilos y anglófilos, pero las decisiones las toman las empresas General Motors, General Electric, Dupont de Nemours y Ford. Los juegos políticos de los canadienses no tienen importancia porque no se basan sobre las decisiones reales de las que depende la suerte de su país.

Si queremos llegar a tener una Europa verdaderamente europea, capaz de ser un interlocutor de categoría tenemos que hacer un gran esfuerzo de unificación económica. Para esto hace falta que tenga poder económico; este, no puede estar constituido por confrontaciones regulares entre países soberanos. Hemos visto, por el caso de la agricultura, que los compromisos entre intereses nacionales no tienen ninguna relación con la definición del interés común europeo; este debe estar representado por un órgano autónomo capaz de ver en el tiempo con amplia perspectiva, más allá de las improvisaciones políticas nacionales.

Este poder económico autónomo surgirá de la fusión de las tres comisiones: el tratado de Roma, el Euratom y la C.E.C.A. Hay que acelerar esta fusión. Se contará con una Comisión de catorce miembros. Es necesario que éstos sean independientes y que sean nombrados por un largo periodo para que lleguen a constituir un verdadero equipo.

Cuando había tres comisiones se distribuían entre las naciones las presidencias y vice-presidencias, pero cuando no hay más que una, no pueden distribuirse. Hay que adoptar, entonces, el sistema suizo de rotación de la presidencia y sobre todo imbuir a los miembros del sentido de equipo. El que se vayan distribuyendo anualmente los títulos de presidente y vice-presidente no tiene realmente la menor importancia. Lo importante está en el equipo, un equipo homogéneo capaz de trabajar intensamente en condiciones de igualdad. Esta comisión debe tener iniciativa; es necesario que cuando discuta con el Consejo de Ministros pueda, si son rechazadas sus proposiciones transformarla con toda libertad aunque no tiene, en cambio, importancia que las decisiones se tomen por unanimidad o por simple mayoría. No se impondrá nunca a un país, por mayoría, una decisión que le ponga en una situación tal que provoque complicaciones sociales o una grave crisis económica. Esto no interesa a nadie. Por el contrario, si un país está solo contra cinco en una cuestión, como la sede de las instituciones que Luxemburgo ha quedado por tanto tiempo, acaba por tener que capitular. Son cosas que se regulan con la práctica. Lo esencial es que el poder así creado tenga créditos importantes, incrementados, garantizados por un largo periodo, para permitirle actuar a largo plazo de manera eficaz. Pues el poder real, no es el equilibrio logrado en los convenios, sino la calidad de los expedientes presentados en el momento de las discusiones. Lo que tiene realmente importancia y constituye la fuerza de la comisión es la categoría de sus miembros.

En la elección, hay que prescindir de las preocupaciones nacionales, de las susceptibilidades de prestigio, y buscar hombres de capacidad técnica anima

dos del espíritu de equipo y moralmente independientes, capaces -pues ésta es su obligación- de pensar en interés europeo y con habilidad diplomática para entablar el diálogo necesario con los ministros representantes de los intereses nacionales, con energía, flexibilidad e inteligencia.

- - - - -